

EL ANTI-IZQUIERDISMO EN EL EJÉRCITO CHILENO TRAS LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL (1918-1932)*

Felipe Pezoa Dittus**

RESUMEN

El presente artículo busca mostrar el pensamiento y actuación internas del Ejército de Chile con respecto a las fuerzas de izquierda existentes en nuestro país durante los años post Primera Guerra Mundial. Por una parte la postura castrense de antagonismo y desconfianza hacia tales grupos se explicaría en base a lo que entendemos como una “subcultura militar”, es decir un conjunto de elementos simbólicos y discursivos de diversa índole característicos del Ejército, los que influirían en las ideas y actuar de sus integrantes por medio de diversas herramientas. Por otro lado proponemos que esta posición anti-izquierdista, existente desde principios de siglo, pasaría a cobrar mayor relevancia dentro de la subcultura de los uniformados en este período a partir de las grandes movilizaciones sociales de fines de 1918 que, junto con la difusión del ideario ácrata y socialista entre sectores populares, terminarían por provocar diversas medidas por parte de la oficialidad del Ejército a fin de impedir que tales ideas afectarían negativamente a la disciplina y cohesión militares, objetivo que además se expresaría de diversas formas.

PALABRAS CLAVE

Ejército de Chile, subcultura militar, anti-izquierdismo, grupos de izquierda.

Recibido: 17 de marzo de 2012

ABSTRACT

This article attempts to show the internal thought and the way the Chilean Army act in relation to the left-wing forces existing in our country for the years post First World War. On the one hand, the military position of antagonism and mistrust towards such groups is explained based on what we understand as a “military subculture”, this is a collection of symbolic and discursive elements of different characteristics of the Army, which influenced on the ideas and behavior of their members by means of diverse tools. On the other hand, we propose that this anti-leftist position, existing since beginning of the century, became crucial in the military subculture in that period. The great social mobilizations at the end of 1918 together with the spreading of the anarchist and socialist ideology among popular sectors, ended up to cause several measures by the Army officer corps in order to prevent that such ideas affected negatively the military discipline and cohesion, objective expressed furthermore in different ways.

KEYWORDS

Chilean Army, military subculture, anti-leftism, left-wing groups.

Aprobado: 13 de diciembre de 2012

* Este artículo deriva de un capítulo de una tesis presentada en marzo de 2011 para optar al grado de Magíster en Historia por la Universidad de Chile, titulada “Orígenes y desarrollo del anti-izquierdismo en el Ejército chileno (1895-1945)”, dirigida por la profesora María Elisa Fernández.

** Magíster en Historia, Universidad de Chile, Santiago, E-mail: felipepezoa1@hotmail.com

I. UNA APTOXIMACIÓN A LA SUBCULTURA MILITAR CHILENA

Antes de referirnos a las características de la subcultura del Ejército de Chile definiremos lo que se entiende por “cultura”, según la antropología y la historia cultural: para el caso de la primera disciplina, el investigador norteamericano Clifford Geertz señala que la cultura es “un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida”¹, entendiéndose por “símbolo” todo aquel elemento que representa una determinada idea o actitud, como una palabra o una imagen²; asimismo este sistema actuaría como un contexto dentro del cual podrían describirse fenómenos, como instituciones y modelos de conducta, de forma “densa” o entendible. Relacionado con lo anterior Geertz también indica que la cultura sería un conjunto de mecanismos de control de la conducta, a través de instrucciones y reglas, por lo que se articularía por medio del comportamiento o acción social. Otro punto a considerar de la interpretación antropológica de este investigador es que los sistemas culturales poseen un grado mínimo de coherencia, por lo que cada estructura cultural no debiera ser considerada como exce-

sivamente ordenada³. Por último debe mencionarse que según Geertz la cultura se interrelaciona con la realidad social, pues si bien las estructuras culturales influyen sobre ésta al darle sentido y forma, al mismo tiempo se van transformando y ajustando al ámbito social; asimismo los sistemas simbólicos “están contruidos históricamente, son socialmente mantenidos e individualmente aplicados”⁴.

Con respecto a la historia cultural, si bien algunos de sus cultores más destacados como Peter Burke no han desarrollado una concepción propia de lo que entienden por cultura⁵, otros como William H. Sewell, Jr., han propuesto formas flexibles de definirla: Sewell considera que la cultura es una dialéctica entre sistema y práctica puesto que un sistema simbólico es reproducido o cambiado por el uso de un símbolo, cuyo sentido a su vez depende de la relación sistemática que tenga con otros símbolos⁶. A esto se añade que la cultura, como sistema simbólico, posee una coherencia real y mínima a la vez, por cuanto las certezas discursivas suelen ser inestables y discutibles⁷. En base a lo anterior Sewell indica que puede existir una coherencia cultural flexible, por medio de la organización simbólica de las prácticas contrarias al ideal establecido, lo que a su vez implica la crimina-

1 Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Editorial Gedisa, 1995), 88.

2 *Ibid.*, 90.

3 *Ibid.*, 30.

4 *Ibid.*, 301.

5 Este investigador se limita a señalar que en el campo historiográfico la cultura ha dejado paulatinamente de referirse a las bellas artes, enfocándose durante las últimas décadas en aspectos cotidianos como las formas de vida y las costumbres. Peter Burke, *¿Qué es la historia cultural?* (Barcelona: Ediciones Paidós, 2006), 50.

6 William H. Sewell, Jr., “The Concept(s) of Culture”, en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt, *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture* (Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1999), 47.

7 *Ibid.*, 50.

lización de tales prácticas junto con la homogenización de lo permitido⁸. En suma la coherencia cultural para este autor implica la presencia y mantención de cierto orden, con respecto a disciplina y valores básicos, aunque no exenta de cambios y disputas.

Si por un lado es patente el escaso desarrollo conceptual de “cultura”, ello no ocurre con el término “subcultura”. Así, Peter Burke explica la conveniencia de usar este término para una mejor comprensión de aquellos grupos relativamente aislados que pueden existir dentro de una sociedad, indicando por ejemplo que sería “más iluminador pensar en términos de culturas o ‘subculturas’ femeninas más o menos autónomas o dependientes, tanto más autónomas cuanto más drásticamente segregadas de los hombres estén las mujeres”, como ha ocurrido en el ámbito conventual o en la cultura islámica⁹. Por su parte Sewell indica, en base al carácter dúctil y cambiante de las culturas ya mencionado, que lo que se denomina como “sociedad” o “nación” puede contener, aunque no necesariamente, varios sistemas culturales intercalados y sobrepuestos que asimismo pueden estar dentro de una o más sociedades¹⁰.

Basándonos en las definiciones de cultura y subcultura propuestas por los estudiosos ya mencionados, entenderemos por subcultura militar aquel conjunto sistemático y práctico de elemen-

tos simbólicos orales (discurso, palabras claves) y visuales (emblemas) propio del Ejército nacional, que también abarcaría su forma de vida, cosmovisión, doctrina profesional y sus tradiciones, o conjunto de prácticas “de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición”¹¹, descripción que enlaza con la perspectiva antropológica de Geertz. Relacionado con lo anterior, esta subcultura posee mecanismos propios de control y homogenización de la conducta de sus integrantes, por medio de preceptos y reglas determinadas. Por este motivo la subcultura militar posee un importante nivel de coherencia interna en cuanto a sus ideas y valores básicos, si bien no es absoluta puesto que dentro del Ejército, se pueden observar ciertas diferencias de perspectiva y actuar sobre diversos aspectos, debidas a factores educacionales y sociales; esto también se aplica en relación al anti-izquierdismo, entendido como la postura y actuar críticos a los grupos de izquierda marxista y anarquista existentes en nuestro país durante el período estudiado, y que creemos es un concepto más apropiado que el de “anticomunismo”, limitado a las doctrinas derivadas de los planteamientos de Marx. También estimamos que la noción de subcultura militar es más adecuada que otras como “pensamiento militar”, que algunos estudiosos han utilizado para referirse al ideario de los uniformados, sin profundizar en su ac-

8 *Ibid*, 56.

9 Burke, *¿Qué es la historia cultural?...*, 43.

10 Sewell, Jr., “The Concept(s) of Culture”..., 55.

11 Eric Hobsbawm y Terence Ranger, (eds.), *La invención de la tradición* (Barcelona: Editorial Crítica, 2002), 8.

ción concreta¹². Finalmente, debe aclararse que el principal motivo por el que consideramos que la suma de aspectos simbólicos y valóricos del Ejército, constituye una “subcultura” propia se debe a que sus miembros, si bien comparten las ideas y símbolos provenientes de un marco cultural mayor imperante en el Chile de entonces (en especial en sus grupos dirigentes), enfatizan algunos por su rol de garantes de la patria y el orden, a la vez que poseen elementos propios. Además el Ejército, como el resto de las FF.AA., se ha caracterizado a lo largo de su historia por mantenerse relativamente aislado de la sociedad civil, aspecto que fue reforzado desde finales del siglo XIX cuando, como parte de un proceso de mejoras doctrinarias y técnicas al interior de la institución, vinieron a nuestro país instructores alemanes. Estos oficiales no sólo contribuyeron a la instauración de organismos castrenses relevantes como la Academia de Guerra¹³, sino que también fomentaron la creación de casinos exclusivos para oficiales¹⁴, entre otras medidas. De esta manera los miembros del Ejército, inmersos en su rol de profesionales de la guerra, fueron desarrollando sus actividades en lugares segregados y propios.

En relación al ámbito interno de la subcultura del Ejército, debido a la edu-

cación recibida por sus integrantes se le dio gran importancia a valores como el orden y la disciplina, así como al correcto comportamiento dentro y fuera de los recintos castrenses, prohibiéndose a los soldados por ejemplo escupir y gritar en el interior de los cuarteles, mientras que en la calle debían “evitar siempre mezclarse en manifestaciones callejeras”¹⁵; este tipo de reglas también se aplicaba a los cadetes, pues se les indicaba que debían adquirir “la buena educación, la obediencia y respeto a sus superiores, el acatamiento de las órdenes y reglamentos vigentes (...)”¹⁶. A través de estos mecanismos, y bajo parámetros establecidos, el Alto Mando castrense buscaba controlar la conducta de los integrantes del Ejército.

Otro elemento de suma importancia dentro de esta subcultura, es el nacionalismo que se manifestó de dos formas: una de ellas fue de índole bélica y racial, considerando a los chilenos como una raza guerrera y heredera de un remoto pasado. De esta forma un oficial señaló que la raza chilena “tiene derecho a reclamar para sí las cualidades de un pueblo elegido [sic] por el Dios Marte”, al cultivar el legado heroico proveniente de la lucha entre españoles y mapuches¹⁷. Otra modalidad de nacionalismo se enfocó en el ámbito cívico, por medio

12 Un ejemplo del uso de este concepto en: Alejandro San Francisco y Ángel Soto, *Un siglo de pensamiento militar en Chile: el Memorial del Ejército 1906-2006* (Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2006).

13 Enrique Brahm García, “La impronta prusiana de la Academia de Guerra del Ejército (1885-1914)”, en Alejandro San Francisco, (edit.), *La Academia de Guerra del Ejército de Chile 1886-2006: ciento veinte años de historia* (Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2006), 12-15.

14 Para una breve relación de los inicios y objetivos de los casinos creados por los instructores germanos ver: Indalicio Téllez, *Recuerdos Militares* (Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2005), 33-35.

15 Julio Carvallo Casanova, *Manual de instrucción militar* (Santiago: Talleres Gráficos de la Editorial “Recurba”, 1929), 135-137.

16 Escuela Militar, *Manual del cadete de la Escuela Militar* (Santiago: Instituto Geográfico Militar, 1942), 2.

17 Jorge Carmona, “La disciplina ante las tendencias sociales modernas”, *La Bandera*, julio de 1925, p. 202.

del énfasis en las garantías legales de los chilenos. De esta forma se afirmó que a la patria “debemos las leyes liberales i beneficios que nos rijen [sic]”, garantizando además “nuestro trabajo i el producto o ganancia que con él hayamos obtenido”, e indicándose por último que los integrantes de la patria forman una gran familia¹⁸. Esto último muestra el aspecto esencialista del nacionalismo uniformado, al enfatizar una identidad nacional integrada y homogénea, y criticando en consecuencia aquellas visiones pluralistas que trascienden lo nacional, como las ideas de izquierda. También el nacionalismo entre los miembros del Ejército se expresó en lo económico, especialmente tras el final de la Primera Guerra Mundial. Al respecto un oficial indicó que bajo ciertas circunstancias se hacía obligatorio “dictar medidas de protección y defensa que ampare al trabajo nacional, para librarlo de la concurrencia despiadada de otras naciones”¹⁹, mostrándose de esta forma partidario del proteccionismo económico. Por último no deja de ser llamativo que durante la época los integrantes de la corporación castrense no manifestaran, al menos abiertamente, un nacionalismo religioso en torno a la figura de la Virgen del Carmen, “generalá” del Ejército,

como lo demuestra su ausencia en las celebraciones por la coronación de la Virgen como patrona de Chile en 1926²⁰. Teniéndose en cuenta los enfrentamientos ocurridos ese año entre los miembros del Congreso y el coronel Carlos Ibáñez del Campo, a la sazón ministro de Guerra²¹, tal inasistencia pudo ser una forma de evitar las protestas de la población en contra de las instituciones armadas.

Relacionado con el nacionalismo se encuentra uno de los ritos fundamentales de la subcultura militar, el Juramento a la Bandera. El objetivo de esta ceremonia reglamentaria, efectuada anualmente el día 10 de julio en homenaje al Combate de la Concepción, es comprometer a todos los integrantes que se incorporan al Ejército (conscriptos, cabos y oficiales) a servir a la patria cumpliendo sus leyes. Entre 1914 y 1933 la fórmula del juramento fue la siguiente:

“Yo juro por Dios y por esta Bandera servir fielmente a mi Patria ya sea en mar, en tierra o en cualquier lugar hasta rendir la vida si fuese necesario. Cumplir con mis deberes y obligaciones militares conforme a las leyes y reglamentos vigentes. Obedecer con prontitud y puntualidad las órdenes de mis superiores y poner todo empeño en ser un soldado valiente, honrado y amante de mi patria”²²

18 Francisco J. Quevedo y M. Retamal Balboa, *Libro de Lectura para las escuelas del Ejército*, tomo primero (Santiago: Imprenta Universitaria, 1912), 5-7.

19 F. Leiva Torres, “La nacionalidad y la Patria frente al anarquismo y al anti-militarismo”, *Memorial del Ejército de Chile* (junio, 1926): 468-469.

20 Gabriel Cid, “A la nación por la fe. El nacionalismo católico chileno en un período de cambio y crisis, 1910-1941”, en Gabriel Cid y Alejandro San Francisco, (eds.), *Nacionalismos e identidad nacional en Chile. Siglo XX*, vol. 1 (Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2010), 61.

21 Para una descripción de esta disputa entre Ibáñez y los parlamentarios ver: Harry Scott, *Pensando el Chile Nuevo. Las ideas de la Revolución de los Tenientes y el primer gobierno de Ibáñez, 1924-1931* (Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2009), 74-80.

22 Citada en Jorge Magasich A., *Los que dijeron “No”. Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, vol. I (Santiago: LOM Ediciones, 2008), 192-193.

Junto con ser un compendio de los principios básicos de esta subcultura, la ceremonia le da un lugar preeminente al emblema patrio. Esto es comprensible dado que, siguiendo las ideas de Geertz, nuestra bandera sería un “símbolo” esencial que representa la idea de la nación chilena, siendo ésta la razón por la cual los uniformados, en su calidad de responsables de la defensa nacional, le han dado una gran importancia al pabellón, como lo demuestra el artículo 278 del Código de Justicia Militar al estipular que todo aquel que “cometiere ultraje contra la bandera, el escudo o estandartes nacionales, sufrirá la pena de reclusión menor en su grado medio”²³. Otra herramienta utilizada para reafirmar el valor dado a la bandera fue la instrucción, como se observa en el “Reglamento para la formación e instrucción de escuelas rejimentarias (sic) de cabos I, sarjentos 2°, vices 1° i sarjentos 1°” de 1917, que estipulaba entre otras materias la enseñanza de lo que representaba la bandera y por qué debía ser defendida hasta la muerte²⁴. En suma, fue debido a las ceremonias e instrucción que el emblema chileno fue cobrando un sentido simbólico trascendental para los miembros del Ejército.

En relación al ámbito social, si bien el Ejército se mantuvo semi-aislado de la sociedad civil, debido a que sus integrantes procedían de los sectores medios y bajos entró en contacto y seña-

ló los problemas que los afectaban. De esta manera los uniformados criticaron, entre otras deficiencias, la existencia en Santiago de conventillos en los que “se consumen inhumanamente las energías (sic) de nuestra raza i en los que no ha descendido aun la conciencia de sus dueños”²⁵. Como veremos más adelante los militares, junto con criticar, también pidieron medidas de índole reformista en beneficio de los grupos populares, entre otras razones como una forma de impedir un estallido revolucionario. Con respecto a la clase alta, el Ejército manifestó un cierto nivel de molestia frente a su insensibilidad social, como también por el desinterés de la juventud oligárquica por cumplir con el servicio militar.

Un último aspecto de la subcultura militar se refiere a sus diferencias internas. Durante las primeras décadas del siglo pasado existieron diferentes posiciones dentro del cuerpo de oficiales en relación al ámbito profesional, como se dio por ejemplo en torno a las especialidades, ya que la caballería fue especialmente apreciada por los jóvenes tenientes, en desmedro de los cuerpos de infantería, artillería e ingenieros. Asimismo la oficialidad manifestó varias posturas sobre temas como el actuar castrense hacia los grupos de izquierda, como se verá más adelante.

Una de las principales diferencias al interior del Ejército se dio entre los

23 Ejército de Chile, *Recopilación de leyes, DL., DFL., reglamentos y decretos del Ejército. Año 1925* (Santiago: Talleres Gráficos Instituto Geográfico Militar de Chile, 1986), 185.

24 Ejército de Chile, *Recopilación de leyes, DL., DFL., reglamentos y decretos del Ejército. Años 1917-1918* (Santiago: Talleres Gráficos Instituto Geográfico Militar de Chile, 1985), 318.

25 Alberto Muñoz F., “El problema de nuestra educación militar”, *Memorial del Estado Mayor del Ejército de Chile* (1913): 792. 26

oficiales y sus subordinados, es decir los suboficiales y la tropa. Esta desigualdad fue de origen sociocultural, puesto que los integrantes de ambos grupos provenían de diferentes sectores sociales: así, mientras los oficiales tuvieron una ascendencia mesocrática en la mayoría de los casos, la procedencia de los subalternos fue popular. La disímil base social y educacional que traían los militares al ingresar a la institución se mantuvo en su interior, como lo demuestra el hecho de que los suboficiales en general no pudieron ascender a los rangos de la oficialidad, al no poseer los estudios requeridos; fue por ello que su rol fundamental fue la enseñanza de los reglamentos. Finalmente existió la diferencia entre el cuadro permanente y los conscriptos que cumplían su servicio militar. Debido a su extracción popular, su estadía temporal en las filas y las razones por las que ingresaban al Ejército, como el cumplimiento forzoso de la ley, los conscriptos fueron el grupo menos integrado a la corporación castrense, al estar más propensos a las influencias emanadas de la esfera civil. Por este motivo los reclutas fueron el principal objetivo de la prédica anti-izquierdista, por parte de los suboficiales instructores y el Alto Mando militar.

II. CONTRA LA BANDERA ROJA: EL ANTI-IZQUIERDISMO MILITAR CHILENO ENTRE 1918 Y 1932

Si bien el anti-izquierdismo en el Ejército nacional comenzó a manifestarse durante la época del Centenario²⁶, a nuestro juicio el año 1918 fue un hito importante en el desarrollo de esta postura, debido a que entre noviembre de ese año y agosto de 1919 ocurrieron multitudinarios mítines en Santiago, convocados por la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, y cuyo objetivo fue demandar a las autoridades varias medidas tendientes al abaratamiento de los comestibles. A pesar de que los manifestantes expresaron una incipiente postura de clase aunque no revolucionaria²⁷, la élite política se inquietó ante este panorama de efervescencia social, por lo que aprobó una “ley de residencia” que permitió la expulsión de los extranjeros considerados “subversivos”, así como la represión de los movimientos populares²⁸. Por la misma razón un grupo de altos oficiales del Ejército y la Armada formó a comienzos de 1919 una liga secreta, conocida como Sociedad del Ejército de Regeneración²⁹; entre sus objetivos se destaca el fortalecimiento de la unidad entre los oficiales del Ejército a fin de enfrentar una hipotética revolución social, junto con “la conveniencia

26 Una de las primeras expresiones manifiestas de esta postura se puede ver en: Guillermo Chaparro, “La misión de nuestros oficiales”, *Memorial del Estado Mayor del Ejército de Chile* (1909): 305-306.

27 Ignacio Rodríguez Terrazas, “Protesta y Soberanía Popular: Las Marchas del Hambre en Santiago de Chile 1918-1919” (Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001), 50.

28 Jorge Arrate y Eduardo Rojas, *Memoria de la izquierda chilena*, vol. I (Santiago: Javier Vergara Editor, 2003), 103.

29 Una descripción de los inicios y planteamientos de esta sociedad en: René Millar Carvacho, “Significado y antecedentes del movimiento militar de 1924”, *Historia*, núm. 11 (Santiago 1972-1973): 57-62.

de que los Comandantes de Cuerpo dieran conferencias a la tropa sobre los peligros que envolvía el maximalismo para el país³⁰. Asimismo se recomendó la dictación de “algunas medidas beneficiosas para el personal de suboficiales i tropa, cuya situación actual i del futuro se reconocía como deficiente”, lo que podía llevar a que “insinuaciones insidiosas pudieran ser acojidas por dicho personal³¹. Estas ideas reflejan el peso ejercido por las diferencias internas de la subcultura castrense, sobre el anti-izquierdismo militar, ya que las disposiciones para contrarrestar e impedir la difusión de las ideas revolucionarias apuntaron exclusivamente a los rangos bajos del Ejército.

Este enfoque de las medidas anti-izquierdistas castrenses en los reclutas y suboficiales se mantuvo en la década del veinte, siendo la educación cívica una de las principales herramientas utilizadas para tal efecto, por parte de los oficiales y profesores. De esta forma el general Luis Cabrera recomendó a los maestros el comentario de temas como la relación armónica entre el trabajo y el capital, aconsejando a la vez “proscribir todo insulto o injuria contra las doctrinas, adeptos y propagandistas que nosotros combatimos” por cuanto la labor castrense debía “convencer con el ejemplo oportuno, con la demostración de la historia

y con la lógica del razonamiento³². Este procedimiento pedagógico de refutar las ideas de izquierda, en vez de reprimirlas, fue una de las formas de acción que desarrolló el Ejército en contra de las ideas y grupos revolucionarios. Otra idea destacable de este alto oficial se refiere a la posibilidad de alcanzar un régimen socialista a futuro, mediante un constante progreso sociopolítico, manifestando al respecto que si “de evolución en evolución, la mayoría ciudadana quiere llegar y llega hasta el propio régimen socialista, que se haga su voluntad”, aunque aclarando a continuación que ello debía lograrse “dentro del orden, a consecuencia del orden y para el fin de mantener el orden, que es condición de vida³³. Esta opinión refleja un elemento básico de la subcultura militar, como es la preservación del orden, y expone al mismo tiempo un paradigma evolucionista propio de la época, consistente en la realización de mejoras sociales y políticas de forma paulatina y continua; este tipo de pensamiento, contrapuesto a las violentas alternativas revolucionarias de postguerra, fue compartido por otros sectores de la sociedad chilena, entre ellos una parte de los grupos acomodados³⁴.

A lo largo de los años veinte la oficialidad del Ejército profundizó en la instrucción cívica de los conscriptos y soldados regulares, por medio de tex-

30 Archivo del II Juzgado Militar de Santiago, “Causa N° 541-19, mandada instruir por Comandancia Jeneral de Armas contra oficiales comprometidos en una conjuración para una rebelión y otras infracciones graves contra los deberes militares”, 14 de Mayo de 1919, foja 294.

31 *Ibid*, foja 483v.

32 Luis Cabrera, *Conferencia dada al personal de la I. División por su Comandante en Jefe, General Don Luis Cabrera, sobre la misión educadora que corresponde a los Instructores y Maestros de Instrucción Primaria del Ejército* (Iquique: Imprenta y Encuadernación de la I División, 1922), 43.

33 *Ibid*, 12.

34 Isabel Torres Dujisin, *El imaginario de las elites y los sectores populares. 1919-1922* (Santiago: Editorial Universitaria, 2010), 95-97.

tos y conferencias. Una de aquellas obras fue escrita por el coronel Alfredo Arenas, quien reconoció ser “un enamorado de los principios del comunismo, en cuanto a los ideales que encierra”³⁵, es decir que estuvo a favor sólo de las ideas de mejoramiento de las condiciones de vida de los grupos obreros, puesto que a su juicio la implantación del comunismo en Chile provocaría la devastación del país, con “el sacrificio inútil de millones de vidas dignas de mejor suerte, el suelo patrio ocupado por la marina y tropa de desembarque internacionales (...) y como marco de este cuadro, la muy probable agresión Perú-boliviana”³⁶. Con respecto a las charlas un ejemplo fue la ponencia desarrollada por el teniente René Montero, en la Escuela de Suboficiales en 1926: coincidiendo con el diagnóstico social dado por otros oficiales, criticó a la oligarquía por contribuir “con su incompreensión y egoísmo, a darle caracteres graves al problema social en Chile”³⁷, fomentando así la efervescencia popular y la aparición del agitador, que “reniega de los conceptos sagrados de patria” y cuya labor de desquiciamiento debía ser frenada “no solo por la violencia sino también por la justicia de las leyes, por la equidad de los procedimientos, por la cooperación social”³⁸, ya que el agitador era producto de las injusticias sociales. Además Montero advirtió que si los partidos políticos

tradicionales no resolvían los problemas del pueblo, “el Partido Comunista irá aumentando sus filas progresivamente hasta alcanzar una proporción alarmante (sic) que pondrá en serio peligro la estabilidad de las instituciones y el porvenir de la República”³⁹, coincidiendo con la opinión de Arenas acerca de los males que podría acarrear el comunismo en el país a futuro. Otros oficiales, por su parte, recomendaron la lectura a los conscriptos de informaciones acerca del fracaso del sistema comunista en la Unión Soviética, a fin de convencerlos de que “nada hay más conveniente que mantener el régimen de orden en que vivimos”, pues el orden era el único factor de progreso⁴⁰. En ocasiones las conferencias o discursos anti-izquierdistas fueron pronunciados por suboficiales, como lo muestra la alocución de despedida de un sargento a los conscriptos licenciados de un regimiento sureño, al recomendarles alejarse “de los centros malsanos, de las juntas subversivas, no os vayais a contagiar con las ideas revolucionarias”⁴¹. En base a la interpretación de la cultura de Geertz, explicada con anterioridad, el consejo del sargento sería una forma de controlar la conducta y mentalidad de aquellos que retornaban a la vida civil, bajo los parámetros de la subcultura militar. También estos discursos reflejaron el nacionalismo esencialista de los hombres de armas, al negar a los adherentes

35 L. Alfredo Arenas Aguirre, *Crónicas sobre Revolución y Evolución Social en Europa y Chile* (Santiago: Imprenta “La Sud-América”, 1925), 185.

36 *Ibid*, 188-189.

37 René Montero M., *Orígenes del problema social en Chile* (Santiago: Imprenta “Artes y Letras”, s/f), 17.

38 *Ibid*, 33.

39 *Ibid*, 47.

40 Ángel Vásquez T., “Algunos procedimientos que conviene adoptar en el Ejército para contrarrestar la propaganda de doctrinas contrarias al orden social (Conclusión)”, *Memorial del Ejército de Chile*, junio de 1924, p. 609.

41 Luis Albornoz, “Despedida a los conscriptos del Reg. Inf. N. 15 Llanquihue”, *La Bandera*, junio de 1922, p. 193.

de izquierda su pertenencia a la nación, y el orgullo de pertenecer al Ejército: “Esos ‘sin patria’ creen que es tan fácil destruir lo que está bien resguardado por los que tenemos el honroso papel de defensores i mantenedores del orden interior i exterior”⁴².

En cuanto a los soldados y conscriptos, una parte de ellos internalizó el discurso contrario a la izquierda y al comunismo soviético en particular, a juzgar por las escasas expresiones escritas por miembros de la soldadesca en revistas militares. Por ejemplo un soldado indicó en un artículo que el bolcheviquismo, por su abolición de las libertades en Rusia, es “una suma de principios más que revolucionarios, anárquicos i destructivos de todo orden establecido”, los que no podrían ser impuestos en nuestro país porque “desde el primer día en que Chile pudo gobernarse se declaró la igualdad ante la lei para todos sus habitantes”⁴³. El autor de esta cita manifiesta un nacionalismo cívico, al contraponer la igualdad legal nacional a los preceptos antidemocráticos soviéticos. Empero no todos los integrantes de los escalafones inferiores compartieron la posición anti-izquierdista institucional, ya que en los contingentes que reconocieron cuarteles en las grandes ciudades, a principios de los años veinte, se advirtió “la presencia de individuos indisciplinados i rebeldes, de ideas disolventes i hasta anti-militaristas, que desde los primeros dias cons-

tituian un mal ejemplo constante para sus compañeros i un serio peligro para la disciplina”⁴⁴. Las medidas tomadas para contrarrestar esta situación, como la realización de charlas sobre temas sociales, fueron infructuosas y dieron como resultado el que “los mas decididos i audaces entre los cabecillas de las huelgas i movimientos obreros de Santiago i Valparaiso, son reservistas”⁴⁵. Lo ocurrido muestra que un porcentaje indeterminado de conscriptos fue reacio al influjo del anti-izquierdismo castrense, manteniendo sus posturas antisistémicas tras cumplir con el servicio militar. También es posible que algunos conscriptos fueran influenciados por la propaganda anarquista y socialista, distribuida en las afueras de las guarniciones al menos en una ocasión según lo indicó un oficial, quien responsabilizó a elementos de izquierda de “intentar hacer propaganda a las puertas de los cuarteles militares, repartiendo hojas impresas en que incitaban a los sub-oficiales i soldados a abandonar las filas”⁴⁶.

En relación con lo anterior, puede interpretarse la difusión del anti-izquierdismo al interior del Ejército como una reacción frente a los intentos de los comunistas y anarquistas, que buscaron obtener el apoyo de un segmento de la institución. Debe señalarse al respecto que en 1922 el Partido Obrero Socialista, junto con transformarse en el Partido Comunista, aceptó las condiciones de-

42 *Ibid*, 194. Cursivas en el texto.

43 Yones Loyola L., “Las doctrinas de Lenin”, *La Bandera*, junio de 1922, p. 226.

44 Fernando Díaz Garcés, “Defendamos el Conscripto para mantener nuestro Ejército”, *Memorial del Ejército de Chile*, enero de 1922, p. 46.

45 *Idem*.

46 C. Gárfias, “La instrucción militar en los establecimientos civiles”, *Memorial del Ejército de Chile*, diciembre de 1920, p. 475.

mandadas por la III Internacional para integrar la organización, entre las cuales estaba la propagación de ideas comunistas en el ejército⁴⁷; además algunos miembros de la nueva agrupación propusieron que los obreros efectuaran el servicio militar, a fin de utilizar la instrucción bélica recibida contra los enemigos de clase⁴⁸. Por último los grupos de izquierda, a través de sus periódicos, incitaron a los soldados a rebelarse contra el régimen existente y a no atacar a sus hermanos de clase⁴⁹. No obstante los pocos resultados obtenidos por la propaganda subversiva, a juzgar por las expresiones contrarias a la izquierda de algunos soldados, los comunistas continuaron con sus planes de infiltración, como lo evidencian los acuerdos tomados en una convención realizada en Valparaíso en septiembre de 1931. Según la Auditoría General de Guerra, en la reunión se propuso infiltrar en los cuarteles como conscriptos a “elementos comunistas a quienes se les pagaría la suma de \$120 mensuales por el Socorro Rojo, mientras permanezcan en el Cuartel”⁵⁰. Esto muestra que los comunistas en particular, nunca abandonaron la idea de introducirse en el Ejército, a pesar de la fuerte persecución desencadenada por el régimen ibañista en contra de los grupos de izquierda. El anti-izquierdismo du-

rante el gobierno de Ibáñez se manifestó en la esfera política, con la promulgación de la Ley N° 6.020 de 1927 que suprimió al PC y lo excluyó del Congreso⁵¹; asimismo se reprimió a las organizaciones anarquistas y comunistas, recayendo sobre ellas el hostigamiento político estatal⁵². Si bien las autoridades concentraron su actuar represivo en los comunistas, fueron los ácratas los más afectados debido principalmente a la política sindical y social de Ibáñez, que fomentó la conformación de sindicatos legales. Debido al ideario corporativista y crítico de la política tradicional de estas organizaciones, el anarquismo local fue perdiendo influencia⁵³; inclusive algunos anarquistas destacados apoyaron al régimen ibañista, al compartir sus planteamientos antipolíticos y gremiales⁵⁴.

Relacionado con lo anterior, otra causa de la animadversión castrense a los grupos de izquierda fue su presunta infiltración en las asociaciones obreras, corrompiéndolas y transformando sus peticiones laborales en demandas peligrosas para el orden, perjudicando además a los propios trabajadores. Por ejemplo un sargento mencionó que, pocos años después de la formación de sociedades mutualistas en Antofagasta,

47 Arrate y Rojas, *Memoria de la izquierda chilena...*, 119.

48 José Díaz, *Militares y Socialistas en los años veinte. Orígenes de una Relación Compleja* (Santiago: Universidad Arcis, Centro de Estudios Estratégicos, 2002), 94.

49 Para algunos ejemplos ver: *Ibid*, 262-264.

50 Archivo Nacional de la Administración (en adelante ANAD), Ministerio de Guerra (en adelante MG), vol. 5.963 (Providencias, enero-mayo 1932), estudio de la Auditoría General de Guerra, s/f, foja 4.

51 Scott, *Pensando el Chile Nuevo...*, 153.

52 Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993), 37.

53 Sobre la paulatina decadencia del anarquismo chileno en estos años ver: *Ibid*, 144-147.

54 Sergio Grez Toso, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de 'la Idea' en Chile, 1893-1915* (Santiago: LOM Ediciones, 2007), 211-212 y 218-220.

ciertos elementos “malsanos i desquiciadores del orden se introdujeron en el réjimen interno de estas sociedades”⁵⁵, convirtiéndolas en federaciones huelguísticas y robando el dinero perteneciente a las organizaciones. También los miembros del Ejército distinguieron entre obreros reales y falsos, según acataran o se rebelaran contra las leyes y la autoridad: un capitán aplicó esta distinción al criticar a los oradores presentes en una manifestación del 1° de Mayo, señalando que era inaceptable que expresaran sus ideas “personas que no eran obreros, ni reflejaban el pensamiento jeneral, sin que nadie haya desautorizado, en nombre de los verdaderos hombres de trabajo, a esos falsos voceros del pueblo”⁵⁶. Se puede afirmar entonces que los integrantes de la corporación castrense, interpretaron el discurso y actuar de los movimientos obreros en base al anti-izquierdismo, discriminando entre trabajadores “verdaderos” (los que aceptaban el orden) y “falsos” (aquellos que efectuaban huelgas).

El anti-izquierdismo militar también se expresó en el ámbito simbólico. Como se mencionó con anterioridad los símbolos, además de reflejar una idea o actitud, pueden ser orales o visuales, y con respecto a lo primero los integrantes del Ejército, al denominar a los adherentes de izquierda como individuos “sin patria”, los consideran como traidores a Chile y una amenaza externa a la comunidad nacional. En cuanto a los símbo-

los visuales, el más importante para los miembros de la institución armada fue la bandera roja, emblema característico de los comunistas y otros grupos revolucionarios. Debido a que las FF.AA. en su conjunto le han dado una gran importancia a la bandera chilena, en su índole de representación de la nación, los militares expresaron una profunda molestia ante la presencia pública de una enseña perteneciente a colectividades políticas de origen extranjero. Para los uniformados el estandarte rojo simbolizaba el desorden y la antipatria, lo opuesto a los valores tradicionales del país, tal como se deduce del testimonio de un capitán, quien señaló la insolencia de que los botes que recibieron a un barco con reservistas en Antofagasta, tuvieran “la enseña roja, la divisa del anarquismo, el emblema de los sin Patria”⁵⁷, en lugar de la bandera nacional. Junto con las críticas, las autoridades castrenses penalizaron el uso del emblema revolucionario, como se aprecia en la “Circular de la Bandera Roja” de junio de 1925, difundida a todas las reparticiones del Ejército por el ministro de guerra Ibáñez. En el documento se estipula que la enseña en cuestión “no puede usarse dentro del territorio de Chile porque ella simboliza la anarquía y el desorden; el libertinaje y los peores horrores”, por lo que se ordena al personal de Carabineros que en el futuro “*procederá de hecho contra los manifestantes que ostenten banderas rojas y les impedirá toda clase de manifestación, procediendo a destruir esas banderas*”⁵⁸.

55 Abdón Arévalo R., “A los Sub-Oficiales del Ejército”, *La Bandera*, setiembre de 1921, p. 147.

56 Tobías Barros, “Militares i obreros (Dedicado a los buenos i verdaderos obreros)”, *La Bandera*, junio de 1921, p. 55.

57 Jorge Carmona, “La disciplina ante las tendencias sociales modernas”, *La Bandera*, mayo de 1925, p. 142.

58 Ejército de Chile, *Recopilación de leyes... Año 1925*, 817. Cursivas en el texto.

Asimismo Ibáñez contrapuso el emblema patrio al pabellón de izquierda, diciendo: “Frente al trapo rojo y a la prédica criminal y negociante, la bandera del carabinero representará todos nuestros valores más queridos”⁵⁹. En esta comparación se observa la coherencia cultural de la subcultura militar, ya que para el coronel y otros integrantes del Ejército el significado del símbolo patrio está basado en su relación con el signo contrario de las fuerzas revolucionarias.

Tras la caída de Ibáñez en 1931, los grupos de izquierda y en especial los comunistas resurgieron, difundiendo su ideario entre los sectores más afectados por la crisis económica mundial. Frente a esta situación, la reacción anti-izquierdista de la oficialidad del Ejército no tardó en llegar, recalando los aspectos negativos de aquellas ideologías a través de varios medios. Uno de ellos fue la circular sobre los errores del comunismo, publicada por el Comandante en Jefe Indalicio Téllez en septiembre de 1931; es sugestivo el hecho de que fuera publicada, en los días en que se desarrolló la Sublevación de la Escuadra⁶⁰, lo que indica que el alto mando de la institución interpretó la movilización de la marinería como una insurrección comunista. Junto con criticar el sistema comunista en la URSS, por coartar la libertad y destruir a la familia, Téllez comparó entre los comunistas que deseaban vivir esclavizados y los chilenos amantes de la libertad: “¡Los que quieren ser esclavos

que lo sean! Los que amamos esta tierra que nació con la sangre que, por la libertad, derramaron nuestros mayores, que ha vivido en la libertad, no somos ni queremos ser esclavos”⁶¹. Este oficial juzgó a los simpatizantes del comunismo bajo la perspectiva esencialista de la nación, al dejar entrever que por preferir la opresión de su ideología, no serían chilenos.

Otro recurso utilizado por la superioridad militar para advertir sobre el peligro de las doctrinas antisistémicas, fueron las conferencias para los suboficiales. A principios de 1932 se efectuó un ciclo de charlas con ese objetivo, y en la primera de ellas el capitán René Montero contrapuso los elementos naturales y espirituales de la sociedad a las ideas del comunismo, basándose en ideas de corte biológico del siglo XIX. Expuso en su disertación que el comunismo sofoca aspectos inherentes del ser humano, como el afán de lucha y superación, pues “limita la acción individual, mata la iniciativa, condena la ambición, reputa como un crimen que el hombre aspire a un estado mejor”⁶², por lo que sería antinatural y contrario a la esencia del hombre. También refutó al comunismo como sistema político, por concentrar el poder en el aparato estatal en desmedro de la persona: “En el sistema democrático, que es el de nuestro país, el individuo actúa directamente sobre el Estado. En el Comunismo es el Estado el que actúa sobre el individuo”⁶³. Por

59 *Ídem*.

60 Para una descripción pormenorizada de este movimiento ver: Magasich A., *Los que dijeron “No”...*, 149-187.

61 Téllez, *Recuerdos Militares...*, 177.

62 René Montero, “Los principios comunistas frente a las leyes biológicas y a la estructura espiritual de la sociedad moderna”, *Memorial del Ejército de Chile*, enero de 1932, p. 51.

63 *Ibid*, 53.

último debe indicarse que la realización de estas conferencias, mostraría que el control ejercido por la superioridad castrense sobre los subordinados, en cuanto a mantenerlos alejados del influjo de la izquierda, no fue absoluto y debía ser reforzado periódicamente por medio de diversos mecanismos.

Junto con las críticas teóricas, los oficiales tomaron medidas concretas para impedir la difusión de ideas revolucionarias al interior del Ejército, como sucedió en 1932 cuando grupos políticos y de izquierda buscaron obtener el respaldo de las Fuerzas Armadas, para derrocar al gobierno oligárquico de Juan Esteban Montero. En una providencia de abril de ese año, el general Téllez prohibió a todo el personal institucional (oficialidad y subordinados) “introducir, mantener o hacer circular en los cuarteles o reparticiones militares, folletos, diarios, revistas y, en general, cualquier género de publicaciones de orientación comunista”⁶⁴, debido a que la teoría marxista era contraria a la ideología de los hombres de armas. Agregó que “al personal no le será permitido asistir a reuniones públicas o privadas de carácter comunista o político”, advirtiendo que todo aquel que vulnerara las disposiciones sería expulsado⁶⁵. Este documento refleja algunos elementos fundamentales de la subcultura militar, como el rechazo a las doctrinas opuestas a la cosmovisión castrense, y el control de la conducta de sus integrantes, por medio de prohibiciones y fuertes sanciones. Por otra parte

es llamativo que las medidas del general Téllez, abarcaran a todos los grados del Ejército, lo que pudo responder a los rumores de que el coronel Marmaduke Grove estaba dispuesto a apoyar un movimiento revolucionario en ese entonces⁶⁶.

A modo de epílogo durante el breve gobierno de Montero, y debido a su incapacidad para resolver la angustiante situación económica nacional, en la sociedad civil se fue manifestando una corriente favorable al control estatal de los medios de producción, para resolver los problemas económicos y sociales. Si bien estas ideas socialistas contaron en un comienzo con el apoyo de un sector de los militares, por considerarlas una solución a los males del país, al poco tiempo los integrantes del Ejército comenzaron a desconfiar del pensamiento y acción de los socialistas chilenos, quienes se convirtieron en un nuevo enemigo interno para aquellos.

CONCLUSIONES

A lo largo de este artículo se ha podido comprobar que la postura y actuar anti-izquierdistas del Ejército de Chile, entre 1918 y 1932, pueden ser entendidas en base a lo que hemos denominado “subcultura militar”, es decir los elementos valóricos y simbólicos propios de esta corporación uniformada, así como los medios de formación y

64 ANAD, MG, volumen citado, providencia del Cuartel General del Ejército N° 1.216, 30 de abril de 1932.

65 *Idem*.

66 Carlos Sáez Morales, *Recuerdos de un Soldado*, vol. III (Santiago: Editorial Ercilla, 1934), 131.

control de la conducta de sus miembros. Otro componente de esta subcultura ha sido el nacionalismo, expresado de forma discursiva y simbólica. La subcultura militar también posee un nivel de coherencia en torno a sus valores e ideas fundamentales, aunque es mínimo pues al interior de las filas del Ejército han existido diferencias. Postulamos que la suma de estos elementos conforma una subcultura particular debido a que el Ejército, como el resto de las Fuerzas Armadas, se ha desenvuelto de forma semi-aislada de la sociedad civil chilena, desde fines del siglo XIX.

Debido a estos factores subculturales los integrantes de las fuerzas de tierra vieron con molestia el ideario y actuar de los sectores de izquierda del período, es decir anarquistas y comunistas, al estimar que atentaban contra los valores de orden y respeto a la autoridad. De la misma forma los uniformados censuraron otras actitudes de los adherentes de izquierda, como sus intentos de infiltración en los cuarteles, mientras que el uso de banderas rojas fue interpretado como una ofensa al emblema nacional, así como una demostración del carácter “antipatriota” de los grupos revolucionarios.

También se ha podido apreciar que las diferencias internas del Ejército, debidas a factores socioculturales, influyeron en las medidas anti-izquierdistas, de tal forma que la instrucción cívica y las conferencias periódicas se enfocaron

en los escalafones inferiores, es decir soldados y suboficiales; con respecto a la oficialidad, sólo se vio afectada por algunas prohibiciones en momentos específicos. Asimismo hubo divergencias al interior de los escalafones, con respecto a la forma de enfrentar a las ideas y organizaciones de izquierda, pues se manifestaron opiniones evolucionistas y otras más críticas, sin olvidar la represión desencadenada durante el régimen de Ibáñez.

Finalmente se ha podido observar que el antagonismo del Ejército hacia los grupos de izquierda del período, anarquistas y comunistas, fue variando en base a la evolución de los propios sectores revolucionarios. De esta forma, desde fines de la década de 1920 el comunismo pasó a ser el principal foco de críticas de los militares, ya que los anarquistas fueron perdiendo importancia en el ámbito obrero. Por este motivo, si bien hemos comprendido la posición de los uniformados de la época de estudio, en contra de aquellos grupos como anti-izquierdista, también reconocemos que esta postura evolucionó posteriormente, hasta ser antimarxista desde principios de los años treinta, tras la creación del Partido Socialista de Chile. Este antimarxismo se mantuvo en el ámbito castrense local, sin grandes diferencias, durante buena parte del siglo XX, siendo uno de los principales factores que incidieron en el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en 1973.

